

IV CERTAMEN

Premio Especial al Gaditano Mejor

Clasificado

Año 2002

Con jamón, por favor

Juan Antonio Villanueva Balbuena

Breve apunte de Shere Khan

El relato que le presento no debiera parecer increíble en un mundo cada vez más loco. Me consta que la historia de Juan es real, entre otras cosas que no desvelaré por no parecer indiscreto, porque algo más que un rumor llegó a mis oídos. Sin embargo, poco tiempo perderé en tratar de convencerle de que lo que sigue sucedió realmente: como una vez dijo mi admirado Dostoievski, la verdadera verdad es siempre inverosímil. El texto cayó en mis manos tal cual se lo muestro ahora, caótico en su totalidad, con esos extraños flashes finales que bien parecen recortes de periódico; aunque debo reconocer, en honor a la verdad y como es de recibo, que he falseado los nombres y alguna circunstancia ominosa. Por lo demás no me hago responsable de nada, salvo del hecho de darlo a conocer, que no es poco.

CON JAMÓN, POR FAVOR

Creo en todo a condición de que sea increíble

OSCAR WILDE

“La concha” es un bar pequeño de El Puerto. En “La concha” uno puede tomarse sus tapas a mediodía y su café por la tarde, pero lo que lo distingue del resto de los mil quinientos treinta y siete bares de El Puerto es su tostaita con jamón, aceite y tomate.

El Juan es uno de los setenta mil hijos de vecinos de El Puerto. Lo que distingue a Juan del resto, al margen de afeitarse a media luz (algo que sólo dos personas en el mundo han sido capaces de hacer: Carlos Gardel y el propio Juan), es el hecho de ser el único portuense capaz de andar veinte minutos cada mañana, con la tostaita en mente y corazón, rumbo a "La concha". Muchas veces he hablado con él acerca de esta fijación, interrogándole, no sin cierto asombro, acerca de cuál es la poderosa razón que le lleva a ignorar los más de quince bares de desayuno que median entre su casa y "La concha". Más tarde supe que el motivo es el mismo que nos lleva a ignorar a toda mujer bella cuando vamos camino a un cálido encuentro con nuestra novia: el amor. Juan me lo terminó confesando una calurosa noche de verano, en la terraza de un chiringuito. Cubata en mano, lo soltó:

-Es que yo amo a esa tostada.

Les aseguro que lo entendí perfectamente. También yo la probé y a punto estuve de romper mi sólida relación con la mujer que amo. Todos los días, mañana tras mañana, Juan se levantaba a las ocho en punto para verla, saborearla, degustarla, compartir su soledad con ella. Al principio yo era el único depositario de su secreto. Paulatinamente, comenzó a hablarle de la tostada a sus amigos.

Los primeros problemas comenzaron cuando la madre supo el motivo real de sus escapadas. Juan dejaba la cama sin hacer, y las sábanas aparecían cada mañana empapadas de sudor en pleno mes de diciembre. La madre no lo dudó un instante: era el sudor del amor, y

su hijo se le apareció por primera vez como un amante furtivo. La quiero mamá, y voy a seguir comiéndomela. No, no, Juan. Tu madre se opone plenamente, y no le falta razón, porque en su casa tenía donde elegir, desde la mantequilla hasta los cereales.

-Tienes que dejar de verla.

Durante un tiempo Juan dejó de ir a "La concha". Tampoco desayunaba en su casa, y cuando llegaba la hora del almuerzo, totalmente despechado y hambriento, comía plato tras plato sin parar. De este modo, casi sin proponérselo, venció la resistencia de la madre, comprendiendo que poco podía hacer contra aquella tostada.

-Sólo te deseo que sea feliz junto a ella.

Juan recobró la sonrisa y las ganas de vivir que había perdido un párrafo más arriba. No se sentía mal, ciertamente, por tener que pagar por estar con ella, aunque ya por ese entonces comenzó a vislumbrar la idea de sacarla de aquel bar para siempre, de liberarla de aquella humillación constante y de su involuntaria prostitución; pero antes de que todo eso ocurriera, apareció el zumo de naranjas. Juan siempre había mantenido buenas relaciones con los zumos, hasta que cierto día, en cierto bar, le sirvieron un zumo de naranjas rancias, naranjas especialmente entrenadas para sortear los más estrictos controles de calidad. Desde ese día juró no volver nunca más a probar un zumo de naranjas, y en cada nuevo bar que entraba pedía una horchata, a sabiendas que en El Puerto no se servían horchatas desde que el pleno del ayuntamiento las prohibió hace ya cinco años por una intoxicación de nuestro alcalde. Era su forma de protes-

tar por lo que consideraba una injusticia social de primer nivel, una flagrante vulneración del principio de igualdad constitucional: la censura de la horchata frente a la impunidad con la que circulaban las naranjas rancias. Hasta que vio por primera vez el zumo de naranjas de "La concha". El color era un claro indicativo de que aquellas naranjas eran puras, y mientras estudiaba en la biblioteca no eran pocas las ocasiones en las que recordaba aquellos tiempos en que las naranjas tenían, milagrosamente, sabor a naranjas. Día y noche soñaba con el zumo de "La concha", y puedo decir yo ahora, bien lo sabe Dios, que ese fue un gran error. Cayó en la trampa que la memoria gustativa le había tendido, y decidió que podía mantener una doble relación con la tostada, el zumo y él como protagonistas. Primero se vería a solas con la tostada, y cuando ya se la hubiese tomado, pediría un zumito. Tratamos de advertirle que tarde o temprano tendría que decidirse por uno de los dos, que aquella promiscuidad en los desayunos no iba a terminar bien, que era un simple estudiante y le iba a resultar complicado el sostén de ese triángulo amoroso. Así fue. Cuando vio que el dinero no le alcanzaba, aparecieron los primeros síntomas de desesperación: llegó incluso a plantearse la proletaria idea de ganar dinero trabájando, estableciendo contactos con las empresas de trabajo temporal, afiliándose a los sindicatos más representativos y urdiendo laboriosas tramas en forma de currículos. Todo fue inútil, y pronto Juan comprendió que era imposible amar a una tostada y ser sindicalista a la vez. Se decidió por ella y apartó al zumo de su vida para siempre.

Carlos Arias Pacheco, el sorprendente ingeniero químico y amante de la filosofía griega, fue, interpretación extensiva del principio de causalidad mediante, el hombre que empujó a Juan, definitivamente, a la más absoluta de las desgracias penales. Eran íntimos amigos desde los quince años. Nunca olvidaremos el café de aquel sábado por la tarde. Fue una observación prodigiosa, digna del más grande intelectual de nuestro tiempo, inalcanzable para nosotros y demoledora para Juan:

-¿No has notado, Juanito, que la tostada que desayunaste ayer no es la misma que la tostada que te has tomado hoy? La de ayer, la de hoy y las tostadas venideras no se ajustan al más riguroso de los principios de la lógica: el principio de identidad.

Tuvimos que rogarle una explicación más amplia y menos técnica de aquella sorprendente revelación. A Juan se le cayó una lágrima, mientras Carlos iba más lejos en su teoría:

-Estás enamorado de la tostada arquetipo; también podrías llamarla "Tostada modelo" o "Idea de tostada". Tu amor es platónico, Juanito, y tu tostada sólo existe en el Mundo de las Ideas.

Juan estaba abatido. Conocía bien a Carlos, y era consciente de que sus argumentos, por sólidos, eran inatacables. No había en El Puerto autoridad más prestigiosa en materia química, filosófica o empresarial. Decidió ir en busca de la tostada arquetipo y hacerla suya de por vida.

El secuestro no resultó sencillo. Juan buscó desesperadamente, por toda la provincia incluso, el bar

"Mundo de las Ideas" sin demasiado éxito. Creyó enloquecer, y por un momento pensó que lo mejor sería olvidar a la tostada para siempre, cruzar a nado el río que separa la orilla del amor de la orilla del desamor y, una vez allí, recobrar la estabilidad emocional que proporciona un desayuno basado en galletas ricas en fibra. Claro que, por otro lado, también podría llamar a Carlos para preguntarle por la dirección del bar, para de este modo continuar con su plan; además, Juan no sabía nadar, por lo que la aventura de cruzar ese río para iniciar una amistad con las galletas le producía, entendiéndolo, cierta angustia.

Ni falta hace decir que Carlos no tuvo el menor inconveniente en revelar a Juan la inexistencia física del Mundo de las Ideas. Le conté el mito de la caverna tal como a él se lo había contado la profesora de filosofía en el instituto, y le recomendó que cesara en la inútil búsqueda de la tostada arquetipo en nuestro mundo sensible. Esta es al menos la versión que trascendió de la charla que mantuvieron Juan y Carlos. No faltan quienes aportan una radicalmente opuesta, abundante en burdos neologismos e improperios malsonantes difícilmente atribuibles a Carlos; frases del tipo estúpido capullo el mundo de las ideas no existe; versión, por otro lado, sólo atendible por parte de aquellos que hacen terminar la historia de Juan en este punto, únicamente por cuestiones meramente formales, sin importarles el efecto que causó en nuestro héroe una revelación de tal magnitud...

JUAN CAMINO DE SU CASA TRAS HABLAR
CON CARLOS

Versión post-Joyce (monólogo interior de Juan)

"Hay que ser hijoputa primero me dice eso y luego claro no pensó en mí pero tampoco mala intención la realidad no es la realidad es que no es no está no la voy a ver nunca a la mierda bueno si no es esa pues otra también también perdió el madrí el otro día me importa eso poco ahora puta mierda me mato a él lo mato por la ventana me voy a me me joder qué hago mmmm uf uf uf baaaaa ya veré que digo a éstos esta noche no salgo más ningún sábado jódete Carlos primero y después... ¡venga ya! no pienses en esto ahora"

Versión pre -Joyce, en la línea del realismo literario de la Europa decimonónica.

Juan se fue destrozado a su casa.

DETERMINACION

La solución era raptarla y luego meterla en un congelador: Juan ya no era dueño de su voluntad, y pensó en una suerte de crionización casera, a la espera de que la ciencia pudiese, en un futuro cada vez más cercano, dotar a su tostada de órganos sensibles.

JUAN Y EL RAPTO: LA INTELIGENCIA CRIMINAL

Capucha negra. Guantes rosas. Pistola. ¡Todo el mundo que siga desayunando y no pasará nada!. ¡Usted, póngame lo de siempre y métala con cuidado en papel de aluminio!

Corre. Alarma. Primeras investigaciones policiales.

EL ARTÍCULO 147 DEL CÓDIGO PENAL

1. El que raptare a una tostada será castigado con la pena de prisión de tres a cinco años.

2. Si la tostada fuese de jamón se aplicará la pena en su mitad superior.

SRI - LANKA

...pudo huir. Juan fue acogido en la isla en calidad de refugiado político, ya que el régimen hindú defiende la pureza del amor entre un hombre y una tostada [...]